

Sobre la verdad y la certeza
Ensayos sobre pensamientos de cada día

Sobre la verdad y la certeza
Ensayos sobre pensamientos
de cada día

IGNACIO GÓMEZ-ACEBO

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2008, Ignacio Gómez-Acebo
© 2008, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.
Tuset, 3, 2º — 08006 Barcelona
www.styria.es
Primera edición: abril de 2008

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO
Diseño de la cubierta: Enrique Iborra
Maquetación: Cristina Payà (www.ipstudio.es)
ISBN: 978-84-96626-79-9
Depósito Legal: B-18420-2008

Impreso y encuadernado por Limpergraf S.A.

Impreso en España — *Printed in Spain*

Índice

Pórtico	9
Prólogo	11
1ª Parte. Ensayos descriptivos	
Hoy me he despedido de mi jardín	23
Artes marciales	26
Cante flamenco	31
Castilla La Vieja	36
El amor	39
El final de Pedro	42
Emoción en la música	45
<i>Fuzzy logic</i>	48
Inocencia	55
La belleza	57
La vida de Juan o una protesta ante el mundo moderno	59
Los toros	62
Luciano y la ambición	65
Lucinda y el amor	67
Música gregoriana	75
Obras de teatro y libros	78
Pintores	80
Planos	82

Poetas	84
Un libro curioso	87

2ª parte. Ensayos filosófico-religiosos

Al borde de la muerte	95
De repente, hoy me siento consolado.	98
El tránsito natural	101
Guerras de religión	107
He perdido el gusto	116
Religión de religiones	119
Religiones	123
Santa Teresa, la vocación y la felicidad	128
Sobre la verdad y la certeza	132
Tomando posiciones	140
Un paréntesis	143
Una teoría de todo.	146

3ª parte. Ensayo políticos

Bodas reales	163
Cartas a un muchacho	167
El concepto de España y los españoles	173
Intervencionismo	186
Memorias de un tiempo triste	216
Nacionalismos, autonomías y el momento político.	220
Políticos como especie	227
Relaciones	231
Reyes y presidentes en las democracias modernas	241
Una evolución poco apetecible.	247
Epílogo. Personalidad	252

Pórtico

Octavio Paz, al estudiar el laberinto de la soledad, llegó a la conclusión que es impropio e impreciso hablar de la cultura en general. Existen las culturas y son tan variadas como los pueblos, incluso, afirma el autor de *Vuelta*, como los individuos. La reflexión es muy sagaz. El intelectual más culto sólo tiene vivencias de las culturas a las que se ha asomado. El *Manas*, vértice de la cultura literaria de Asia central, no existe prácticamente para el mundo occidental.

Ignacio Gómez-Acebo demuestra en este libro ser escritor de vastas culturas e infinitas curiosidades. Desde la música gregoriana a los toros, desde el cante flamenco a las religiones, desde la política de la Transición hasta el concepto de España, todo desfila por las páginas que el lector tiene entre las manos y que el autor ha esbozado con eficaz escritura y apoteosis de los puntos y aparte.

Me ha parecido sagaz su reflexión sobre las religiones orientales que en muchos casos son sólo filosofías de vida. También las ideas que vierte sobre San Juan de la Cruz y Santa Teresa cuando escribe sobre la «Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora». Se refiere Gómez-Acebo a la emoción de la música desde Mozart hasta el flamenco, en que el cantaor avanza hacia la nota sin saber si la alcanzará «como el pez en la pecera roza la superficie».

Detiene su pluma Gómez-Acebo en José Tomás, al estudiar los toros, hace profundas reflexiones filosóficas al narrar su experiencia personal cuan-

do se enfrentó a la muerte en la oscura penumbra del más allá. Estudia, en fin, los aspectos ontológicos de la verdad y la certeza para entrar después de lleno en la discutible política y los problemas que de ella se derivan en nuestros días.

Un libro, en fin, en el que se agavillan breves ensayos sobre las más diversas cuestiones y que refleja la vasta curiosidad, la profunda cultura, la preocupación religiosa y política del autor. El lector disfrutará y mucho con su lectura.

Luis María Anson
de la Real Academia Española

Prólogo

Todo el que empieza algo de escritura tropieza con una zozobra y al tiempo con una presunción.

¿Me leerá alguna vez alguien? ¿Es que mi mensaje vale la pena?

Anclar en negro sobre blanco cualquier cosa es una temeridad.

Ya no es un pensamiento propio pues pertenece a quien lo lea, ya está fuera del tiempo... y además nada se puede hacer para cambiarlo.

Hay que andarse con mucho cuidado. No vaya a descubrir un prójimo, si al final alguien lo lee, que el autor era un presuntuoso, o un cuitado, o un envidioso... o un simple y engreído botarate.

A pesar de todo, el que se lanza a escribir, en el fondo de su alma habrá pensado que lo suyo es diferente, es agudo, es profundo, vale la pena. Es cierto que también alguna cosa se escribe para uno mismo y como esfuerzo para comprobar si fugaces pensamientos son suficientemente coherentes como para aguantar ser escritos.

No voy yo a descubrir por qué me siento a escribir.

Me basta saber que me compensa y a partir de ahí todo lo anterior mencionado será también una anécdota exterior a mí y por tanto indiferente.

Pienso, sin embargo, que al final de la vida recapitular, poner en orden y en jerarquía las ideas me ha de hacer algún bien. Si además hay partes de lo escrito que le sirvan a alguien o de ayuda o simplemente de entretenimiento, tanto mejor. Por todo ello, hoy escribo lo que a continuación espero pueda yo y algún otro leer.

Tratará de temas variados, surgidos en desorden y solamente concordantes con el vuelo de las ocurrencias de cada día.

Muchas de las ideas glosadas resultarán machaconamente repetidas de un ensayo a otro y el lector espero sepa perdonar lo que tienen de monotonía pero pienso que las ideas que componen el meollo y la columna vertebral de cualquier ser humano tienen necesariamente que ser pocas porque se han ido decantando por sublimación de otras a las que se va reduciendo para incorporarlas al entramado más íntimo.

Aunque sean el resultado y compendio final se entienden mejor si se dan como información a priori y así el que lo lea sabrá en seguida si está de acuerdo o no y si en todo o en parte.

Las causas últimas

Por lo anteriormente explicado, todo ensayo sobre la realidad última de las cosas y nuestro posicionamiento en el presente empieza por el final disfrazado de principio.

Para desgranar el pensamiento como un rosario hay que hacer que un razonamiento descansa sobre otro previo y aunque el proceso de elaboración mental normalmente haya sido el inverso del que luego se expone, es necesario parecer que se describe con cierta lógica sin necesidad de explicarlo todo, todo el rato.

Una investigación de las causas últimas, antes de llegar a conclusiones que permitan explicarlas viene condicionada por el mismo modo de pensar innato en cada persona.

El arranque mismo lo está ya en sí, ya que de no tener gran cuidado, presupone marcarse un camino del que será muy difícil apartarse más tarde. Por ejemplo Descartes comenzó el suyo con el ya famoso «pienso luego existo».

De por sí no parece tener nada de condicionante porque asemeja simplemente ser evidente; pero encierra una toma de posición previa que delimita a priori como llegar a la verdad y que por seguir las mismas pautas ha limitado una y otra vez el campo de una buena parte del

Pensamiento Occidental: Es el intento permanente de trocear el todo en sus componentes aparentes para analizarlos y comprenderlo después de recompuesto.

La investigación en las fronteras de la física de lo más pequeño ha llevado a pensar que la realidad en su fina trama pudiera ser muy otra.

Muchas cosas, entre otras la propia naturaleza, se comportan de un modo holístico; como si de una unidad trabada por algo interno se tratara y en donde un análisis de las partes separadas no arroja ninguna luz sobre la realidad del todo.

Eso mismo sucede con otra multitud de aspectos tanto de la realidad material como de la espiritual.

Para el pensamiento occidental el dilema es que el análisis al modo cartesiano es cuando menos práctico y que muchos de los avances de la técnica moderna se han conseguido gracias a él.



La única característica común a todas las modalidades del pensamiento, sea occidental u oriental, sea antiguo o contemporáneo, es que nunca se ha conseguido descifrar de verdad y menos explicar la conexión entre el mundo físico y el llamado espiritual o de las ideas.

Siempre, de un modo más o menos encubierto, con mayor o menor prueba y profundidad intelectual, para conectar ambos mundos se ha debido dar un salto que nada tiene que ver con la lógica.

Con cierto eufemismo a ese salto se le conoce como Fe.

Se piensa que lo más caracterizador es que solamente en donde hay vida se da esta conjunción de los dos mundos; ahí y solamente ahí se encuentra la puerta de comunicación entre ambos y esa puerta permite que uno pueda influenciar al otro.

Algunos deciden que como el Reino del espíritu es donde habita la esencia de Dios y sólo los hombres participan desde el mundo físico en Él; el diferenciador por tanto ha de ser algo más que la mera inteligencia, eligiendo para ello la conciencia.

El argumento no se basa en ningún razonamiento y solamente toma su origen de la idea que si bien cierta inteligencia también se da en alguna medida en todos los animales, el darse cuenta, es decir, ser consciente supone un salto cuántico que sólo se da en el hombre.

A partir de ahí asistimos a elucubraciones de todo tipo.

Unos mantienen el aserto con el principio antrópico que empezando tímido, como defensa de que la evolución, está necesariamente encaminada a producir vida; sigue con la afirmación de que ha de derivar necesariamente hacia la producción de vida consciente.

De ahí unos pocos infieren que si somos parte del Universo, éste adquiere con ello una nueva cualidad, se está auto-observando y terminan por afirmar que, siendo así, el desarrollo de la conciencia se ha de prolongar sin límite, tanto en su crecimiento como en el tiempo. (Por lo menos, mientras exista una realidad física que permita que el tiempo exista).

Además las civilizaciones occidentales con toda su carga de positivismo y defensa del yo tienden a intentar explicar como se perpetúa ese yo en el mundo espiritual después de la muerte.

Para ello su monoteísmo se convierte en antropomorfo (Dios concebido como forma humana) con reacciones humanas tanto de amor como de preferencias y con perdones y castigos incluidos.

Es una teoría más que no puede ni defenderse ni refutarse porque no es imposible que así sea.

Lo que sí es cierto es que con el formato mental con el que se desarrolla la persona occidental desde la cuna y que está implícito hasta en la estructura de su lenguaje cualquier otro camino se la hace casi imposible y en cualquier caso salirse de él conllevaría un enorme peligro de destruir el balanceado de su ser.

Esta filosofía de base se ha estudiado a fondo y se ha podido adaptar de mil formas llegando a estructuras lógicas muy avanzadas y de gran rigor que aceptan a su vez en mayor o menor grado un conjunto adicional de creencias más o menos dogmáticas... todas igual de posibles e igual de improbables; todas exigiendo el acto de voluntad ya mencionado y por lo demás gratuito: el acto inicial de Fe.

Otras culturas (en general orientales) menos agresivas en su positivismo han quizás podido elucubrar con mayor imaginación; con mayor amplitud de campo, aunque en general con menor rigor lógico (porque su cultura no se lo exige).

Todas atisban un concepto diferente como es el que: no se trata ya de definir lo que es, sea físico o espiritual sino que hay algo más profundo, sin forma, sin posibilidad de captación porque engloba también lo que no es.

De ahí surge la esotérica definición del Tao o del Brahma.

Dios (o el Principio Último) no tiene por qué tener forma humana; ni tan siquiera el Dios de la Creación debe necesariamente ser el Fin Último, puesto que «lo que es» solo constituye una parte del gran todo indefinido (de ese Tao o ese Brahma).

En las estructuras filosóficas orientales también existen variaciones para todos los gustos; tanto que algunas no se sabe bien si son Filosofías que incluyen el más allá o Religiones que no admiten el concepto de Fin Último, la existencia de un Dios.

Como no les cuesta explorar posibles sistemas en los que el concepto del Yo carece de importancia (como individualización portadora de recuerdos y continuadora de ratiocinios comenzados en vida o vidas anteriores) dejan más volar la fantasía.

Ni tratan de convencer ni intentan construir sistemas de un rigor lógico como el que está acostumbrado el hombre occidental.

Éste experimenta un cierto rechazo al adentrarse en ellos y eso le impide apreciar finísimas sutilezas y mensajes encubiertos que contienen.

Por ello la elección de cada cual ha de hacerse desde el simple vivir, desde el simple discurrir de los días y las edades.

Y cada uno, dentro de su cultura llegar a una aceptación apriorística de unos postulados o dogmas que sean un balance medido entre las aspiraciones de demostración de la verdad que demanda su intelecto y lo que le pide desde sus sentimientos su misma condición humana; todo unido a lo limitado en el tiempo de su paso por la vida en la que ello se produce.

Al final todo el mundo construye para sí «las verdades» con las que jalonea y enmarca su vida.

Lo importante por tanto es vivir y ser consciente en todo momento que se está viviendo.

Lo demás se irá produciendo por añadidura.

He querido clasificar los ensayos que aquí aparecen según la índole del tema cada vez tratado. Por ello tratan fundamentalmente de sentimientos, sucesidos y pareceres:

Sentimientos

Para poder darse cuenta de que se vive conviene contemplar aquello que al hombre le llega e impacta desde el mundo exterior y el efecto que el paso de este impulso por su organismo físico produce.

Hay algo de verdad en la afirmación Aquiniana que todo lo que se piensa ha de pasar primero por los sentidos ya que se nace al mundo con el intelecto, no sólo en ese momento todavía sin formar, sino completamente en blanco; al decir latino *tanquam tabula rasa*.

Pero si la lógica no nos ha de servir para dar el salto al mundo de las ideas, ¿Es qué algo sirve?

Una vez que hemos atisbado la posibilidad de ese mundo que nos da la continuidad ¿Es qué sin encontrar ese algo vale la pena vivir? ¿Qué otra cosa puede servir de puente?

Si el vivir produce, por sublimación, sentimientos; si éstos producen reacciones como si fueran ideas ¿No será que la conciencia del vivir sentimientos (que ellos sí podemos comprobar como ciertos) es la puerta que buscamos? ¿No será el camino que nos puede convencer del «más allá» sin necesidad de actos gratuitos de Fe?

Vale la pena explorarlo.

Es indudable que existen sentimientos que gratifican, sobre todo si son la causa de algunas de nuestras acciones.

Nos crean contento interior porque nos dan sensación de paz con nosotros mismos.

Todas se basan en la generosidad y el desprendimiento.

Siempre terminan consistiendo en salirse de sí para dar prioridad a otro o a otros; anteponer lo que creemos son deseos o necesidades de algunos de los demás como tareas propias, sin pensar en si nos conviene o si esperamos una retribución por ellas.

La práctica así establecida nos abre los horizontes y empezamos a comprender cosas que antes o conocíamos someramente o se nos hacían simplemente extrañas.

Paladeamos cada día más, la belleza, la armonía; apreciamos la serenidad... tenemos la sensación de que nos vamos mejorando como individuos.

En este Camino hay algún peligro de no continuar, de caer.

Los dos más importantes son la complacencia y la rutina. La primera viene en general de comparaciones entre uno mismo y la media exterior de los demás. Toda comparación es inexacta e incierta porque el íntimo ser de las cosas es el que es y por tanto es en sí único.

Podemos intentar clasificar las cosas agrupándolas con otras que se nos presentan con rasgos que se nos aparentan como parecidos.

Pero siempre ha de ser una clasificación somera, inexacta y en los casos de las personas frívola.

La rutina es un peligro menos evidente ya que emana simplemente de la imperfecta condición humana que hace que la repetición y la falta de sentido de novedad convierta los actos en una reacción mecánica pues pasan del cerebro consciente a la parte menos evolucionada, la de las reacciones automáticas y por tanto al inconsciente.

Es posible que la misma diferenciación de existencia del tiempo que da la condición humana obligue a que lo natural se produzca por este orden: raciocinar, enterarse, valorar, resumir y simplificar en unos pocos parámetros.

La tarea consiste en hacer que éstos se conviertan en pauta de conducta y código para distinguir lo que está bien (que es lo acorde con el conjunto de los modos seleccionados) y lo que no.

La experiencia individual no es suficiente para dibujar un sistema y hay que acudir además a creencias nacidas en otros tiempos, en la acumulación de experiencias de otras personas.

Éstas se decantan en la Historia como primero «Revelaciones» y luego «Dogmas».

Empiezan a impedir la adición de las experiencias y conclusiones propias y por ello los que lo intentan suelen convertirse a ojos de sus coetáneos en réprobos heréticos.

Solamente aquellos que han producido ideas nuevas de una gran fuerza, hondura o vivencia acaban creando escuela. De ahí surgen las nuevas Religiones, Sectas y Códigos morales.

Parecería a aquel que esto lee que el autor critica severamente el concepto de Religiones adquiridas lo que ciertamente no es así.

La condición humana es la que es y lleva aparejada la imposibilidad de certezas (por lo menos en esta vida) y como cosa natural debe buscarse apoyos entre los demás de su especie para discurrir con cierta redondez por la ilusión de tiempo que compone su vida.

Ha de confortarse siempre al creer en la vigencia permanente del viejo refrán: Cuatro ojos siempre ven más que dos.

La realización de sí mismo como preparación para cuando salgamos del tiempo es una tarea permanente que consiste nada más y nada menos que cultivar aquellos sentimientos y actitudes que nuestro ser más profundo siente como aquellos que gratifican porque conducen a la paz y serenidad interiores.

Si con este tipo de ejercicios nos van surgiendo creencias más o menos dogmáticas o puede que impuestas por nuestra cultura, nuestra historia o nuestro entorno, aceptémoslas de buen grado y sin demasiado análisis.

De este modo cuando nos toque salir del tiempo y los treinta y un gramos que dicen pesa nuestra alma se separen del cuerpo (puede que para volver) debiera encontrarse anclada en la serenidad, en la contemplación de la belleza, en las inclinaciones hacia todos los otros, simples, solidarias, compasivas y amables.

Por lo menos a mí me parece que en eso debe consistir la armonía Divina en la que aspiramos a quedar inmersos.

El mundo de nuestro alrededor que viene marcado por la evolución, generalmente cíclica, de entornos de personas y cosas ordenados de modo diferente tiene el interés de que al ser complejo invita a analizarlo.

Así y por ello surgen los:

Sucedidos

La Humanidad vive en conjuntos y agregaciones que se suceden unos a otros sin solución de continuidad porque siempre están saliendo y entrando tanto los que nacen como saliendo los que mueren.

La convivencia de muchos seres necesita de formas, modos y reglas para producirse sin caer en el caos (en el que a pesar de todo cae de cuando en cuando).

Debido a la imperfección humana los sucedidos se pierden en la noche de los tiempos y todo lo más quedan plasmados de modo esquemático e incompleto en algunos viejos cronicones y en ruinas que al ser las que se han conservado en el tiempo se consideran siempre como inusitadas y esplendorosas.

Por ello el devenir de los avatares y de la organización política resulta siempre cíclico, como si nada se hubiera aprendido de sucesos pretéritos.

Algunos de los escritos de este conjunto toman por ello la forma de ensayos filosófico-políticos, tratando de sacar consecuencias prácticas de lo que ha sucedido o que está sucediendo.

No tienen ni mira ni alcances más profundos.

Pareceres

Lo mismo que para estudiar las facetas de un cristal conviene contemplarlo desde diferentes ángulos, para intentar comprender nuestra realidad conviene hacer lo mismo.

Siempre acabamos de juzgar lo que para nosotros es una diferencia llena o no de éxito, acertada o equivocada.

Siempre surge de nuestro juicio un acuerdo o un desacuerdo con su consiguiente deseo de reforma.

No voy ahora a adentrarme en más disquisiciones y terminar convirtiendo este prólogo en un completo y fracasado catálogo de mi pensamien-

to; y no lo voy a hacer por dos razones. La primera porque cada uno de mis pensamientos ha ido surgiendo en momentos distintos y por tanto todos son adición a otros anteriores, pero cuando unos surgieron, los otros aún no existían. Este solo hecho ha de quitarles la posibilidad de formar un todo trabado lógicamente y secuencialmente unido. La segunda viene del hecho que la capacidad intelectual de cada ser humano es necesariamente limitada y no es capaz de abarcar permanentemente la innumerable cantidad de parámetros que serían necesarios para crear un conjunto de pensamientos perfectamente coherentes y suficientemente profundos en cuanto a su construcción lógica.

Por tanto todos nuestros esfuerzos han de constituir un simple caminar hacia metas que entrevemos y que como con el ejercicio de avanzar cambian abren permanentemente otros posibles derroteros, horizontes distintos y más amplios y por todo ello metas más sublimes y apetecibles.

A eso se le llama El Camino Histórico.

Al discurrir por él podemos contemplar paisajes que van variando, detalles del entorno que atraen nuestra atención y que pueden aunque sea fugazmente, encandilarnos.

Al discurrir por Él vamos agudizando con el uso la fineza de nuestro percibir y matizar.

Gracias a la ensoñación que todo ello nos produce vamos saliéndonos paulatinamente de esta etapa y vivimos con la esperanza que habremos de llegar (sin saber si es la última) a otra muy superior y por tanto más serena redonda y pacífica.

Pero ello querido lector estos ensayos, simples retazos de ese todo, no tratan de ser completos ni redondos.

No intentan formar un todo. Se trata solo de plasmar en escritos unas experiencias más o menos variopintas que este ser humano ha querido plasmar, entre otras cosas para comprobar si sus ensoñaciones al pasar por el ejercicio de escribirlas se diluían o no en nubes de humo vacías de contenido alguno.

1^a Parte
Ensayos descriptivos

Hoy me he despedido de mi jardín

Hoy me he despedido de mi jardín.

Estamos en primavera, la mañana acaba de empezar y estoy sólo.

Parece como si en la naturaleza las plantas intentan adivinar los cambios de estación interpretando pequeños signos. Se adelantan y a veces les va mal.

Hoy, las plantas de mi jardín creen que se ha instalado la primavera y contrasta su explosiva exuberancia con un tiempo incierto y frío.

Hoy me he despedido de mi jardín. Para mí ha sido una ceremonia interna que me asemejaba un ensayo y una parodia de la despedida de todo lo material que nos ha de tocar a cada uno.

Como ya estoy empezando a ser viejo el simbolismo me ha resultado muy cercano.

¿Tienen alma las plantas? Si no sabemos cómo es la nuestra (si existe). Si no podemos nunca en estos temas metafísicos movernos con certeza. Nadie puede contestar si sí o si no. ¡Allá cada uno!

Hoy he dado en pensar que al menos los árboles y los grandes arbustos la tienen y me he querido despedir de ellos pensando que de una manera callada y serena, sin palabras podrían nuestras respectivas almas sentir algo de contacto y comprender nuestra despedida.

He empezado por el tilo, ese que Isabel y yo plantamos bajo nuestra ventana porque calma y ayuda a dormir.

Fue algo decepcionante.

Puse las manos en su tronco y no le noté ni cariñoso ni receptivo.

Parecía que durante todos estos años había dejado sus efluvios calmantes de modo mecánico y no para nosotros. Tenía la rigidez de una enfermera robotizada. A pesar de todo le dije adiós aunque con talante algo serio.

He ido luego a visitar a la glicinia de abajo. En sus tiempos la planté mal porque la puse en una cajonera. A una glicinia no se la debe nunca aprisionar porque crece siempre y sin límite. Rompí pronto la cajonera dejando que se comunicara con la tierra y creció esplendorosa. Hoy sus ramas desbordan del entramado en donde la entretejé y trepan por las copas de los árboles del abandonado jardín de al lado.

Fue una sensación gratificante. Parecía que estaba agradecida del favor que le hice. En el lento tempo en que estas plantas viven y desde su presencia semidormida me transmitió una sensación de paz y amistad y además nos dijimos adiós.

Espero que la respeten.

Tenemos dos hayas purpúreas. Todos los veranos nos decepcionaban un poquito, cuando perdían su espléndido color rojo para volverse verdes. Hay que perdonárselo porque son así. Una estorba a la otra. Yo quise siempre cortar la menos grande (que las dos lo son). Isabel nunca me dejó. La primera resultó algo como un amigo, sí, pero algo despegado e indiferente. La menor reaccionó como una amiga. Por cierto machismo, nunca me había figurado los grandes árboles como femeninos; pero éste era así. Su despedida, aunque amistosa no fue del todo serena. Parecía que nerviosamente intuía su próximo fin.

Se me estaba pasando el tiempo... y las ganas y para acabar me acerqué a los tres castaños de indias del centro del jardín.

Los plantamos de arbolitos mínimos y están imponentes. El más exterior es a su vez el de más áspero y retorcido tronco porque soporta directamente los embates del sol poniente que en verano es atroz. Da la impresión que es el jefe de los otros. No parece que intuya que intentarán transplantarlo y yo no se lo dije. Se portó amistosamente pero un poco distante; más como un conocido. El de atrás algo más pequeño estaba como confundido. Se le